

VÍCTOR RUIZ VELAZCO*

SENTENCIA

Que aquello que tenga nombre se muestre
y que sea lo que su nombre dice que es
y no su contrario.

Que sea siempre un olor un canto
y más que eso sea una voz
que nos guíe hasta el cuerpo.

Que aquello que tenga nombre se muestre
antes de ser conjurado.

Incluso antes de ser pensado o soñado
por un dios pálido
o la imagen de un dios
proyectada en un hombre
igual de pálido y carente de oficio.

Que aquello que tenga nombre se muestre,
precisamente ahora, por ejemplo;

Y que sea parecido a algo tan bello
como una flor cayendo desde lo alto
como un cuchillo de hueso.

Y que no nos corte el aliento.

* Poeta nacido en Lima. Dirige el sello editorial Lustra Editores desde 2004. En poesía, obtuvo el Premio José Watanabe Varas (2011). Correo electrónico: toque_de_queda@hotmail.com.

Gramma, XXVI, 54 (2015), pp. 197-199.

© Universidad del Salvador. Facultad de Filosofía y Letras. Área de Letras del Instituto de Investigaciones de Filosofía y Letras. ISSN 1850-0161.

RÉQUIEM PARA UN CUERPO SIN ÓRGANOS

Este canto hablará de las luces
que remontan la ciudad en busca del mar.
Fuera de este escenario el tiempo es solo
una posibilidad como descubrir tu mirada
en uno de los balcones de un edificio de 15 pisos,
después de haber puesto la pista perfecta
en «un día perfecto»,
que ya hubiéramos querido nuestro, como decía B.,
intentando hacernos olvidar aquel miedo escénico
que nos envolvía al abrirse el telón
y nuestro vestuario improvisado
era el mismo de la noche anterior
desde la primera vez que decidimos
representarnos en La Asunción del Amor.

Yo me aferraba a ti entonces,
como un náufrago se aferra a la idea del mar.

Pero el miedo de no encontrarme un nombre,
una pequeña máscara del héroe que vuelve al hogar,
fue limitando mi papel al rol secundario
de simple orador en un congreso de estatuas milenarias,
erosionadas por la sal de mis palabras
y mis órganos puestos a secar al sol. Después
fui solo un sonido estelar que te obligaba a volver,
para asegurarte que no estaba allí,
disparando a tu altar de cristal como tantas veces
soñamos. Pero estaba, con una nueva carne,
la misma piel —eso sí—,
un único órgano como un espejo
en el que pudiste verte presa en mí por vez primera
y el mundo dejó de girar hasta hacerse una enorme
y filuda bola de papel
que devoramos con amor y paciencia
como una hostia hostil y secreta.
Y cuando bajamos la avenida drogados y locos,
Nadie vino en sentido contrario,

Nadie pensó en detenernos y hablarnos
del retorno y la nostalgia,
que entonces nos remitía a la eternidad,
como un ciclo de cambios y encuentros fortuitos
con los que habríamos de reconstruir
cada momento desde aquí... Y nada importaba.

Yo me aferraba a ti entonces,
como un náufrago se aferra a la idea del mar.

¿De qué otra manera podría librarme de ti
sino siendo una barca?
Sin embargo yo solo tenía el vacío
y el sentido de toda barca es asolar el mar.

Por eso es que vuelvo
y volveré siempre a hablar de ti
como una ola que se persigue a sí misma,
cambiando a cada momento,
siendo, a la vez, el mismo gran movimiento
que produce su continuo fluir,
su esencia imborrable de ciclos continuos,
sin fiebre ni orillas...